

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

IRRUPCIONES QUEER EN EL ESPACIO PÚBLICO .

María Paula, González Ceuninck y Ana Amelia, Negrete.

Cita:

María Paula, González Ceuninck y Ana Amelia, Negrete (2009). *IRRUPCIONES QUEER EN EL ESPACIO PÚBLICO. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/841>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Nombre y Apellido: María Paula, González Ceuninck
Perteneencia Institucional: Facultad de Periodismo y Comunicación Social UNLP
Dirección de Mail: pauceuninck@yahoo.com.ar

Nombre y Apellido: Ana Amelia, Negrete
Perteneencia Institucional: Facultad de Periodismo y Comunicación Social UNLP
Dirección de Mail: anaanegrete@yahoo.com.ar

IRRUPCIONES QUEER EN EL ESPACIO PÚBLICO

Esta ponencia habla de los movimientos queer. Dejando de lado las divergencias académico-militantes sobre las definiciones englobadoras, cuando se hable de movimiento¹ queer se estará haciendo referencia a la comunidad GLBT².

En principio resulta indispensable decir que la palabra *queer* ha sido nombrada con diferentes sentidos. El significado “original” anglosajón del término es torcido, raro, maricón, y ha sido empleado en sentido agravante como descalificativo hacia las personas con sexualidades no hegemónicas. Sin embargo, la palabra *queer* fue tomada y resignificada por este movimiento, convirtiendo el estigma en bandera. Dice Butler acerca del la uso de este término: “(...) Cuando el término se utilizaba como un estigma paralizante, como la interpelación mundana de una sexualidad patologizada, el usuario del término se transformaba en el emblema y el vehículo de la normalización y el hecho de que se pronunciara esa palabra constituía la regulación discursiva de los límites de la legitimidad sexual. Gran parte del mundo heterosexual tuvo siempre necesidad de esos seres “queers” que procuraba repudiar mediante la fuerza performativa³ del término” (Butler 2008: 314).

El movimiento queer, fuertemente caracterizado por una importante carga estética (camp), presenta también su arista militante en una lucha por el reconocimiento de las diferentes identidades sexuales. La alteridad es llevada a las arenas de lo público para hacerse notar generalmente con tácticas provocativas, reivindicando las diferencias.

El campo de estudios queer surgió en los Estados Unidos. Dentro de los temas que aborda en los últimos años interesa rescatar aquí dos cuestiones fundamentales: por un lado la crítica hacia la idea de un original (rebatiendo la concepción de que el sexo forma parte del orden de lo natural y que luego se desarrollan unas formaciones culturales que le dan sentido a la masculinidad y la feminidad en la sociedad, hablando de género); como así también la discusión en torno al concepto de identidad.

En referencia a esta última cuestión el debate presenta distintos posicionamientos; sin embargo se adoptará en este trabajo aquella noción que habla de

¹ En el sentido en que Rossana Reguillo define la categoría *movimiento juvenil* que supone la presencia de conflicto, de algo en disputa en el espacio público; que se mueve tácticamente y puede habilitar pactos y asociaciones con otros grupos. (Reguillo C. 2000: 19)

² Comunidad de gays, lesbianas, bisexuales, transgéneros, transexuales, travestis, intersexuales.

³ Judith Butler hace referencia al concepto de performatividad retomando el postulado de Austin en relación a los enunciados performativos, estos enunciados que en su pronunciamiento producen lo que están nombrando. En este sentido, la performatividad no es “un “acto” singular, porque siempre es la reiteración de una norma o un conjunto de normas y, en la medida en que adquiera la condición de acto en el presente, oculta o disimula las convenciones de las que es una repetición” (Butler 2008: 34).

una formación identitaria móvil. Esta perspectiva entiende a la identidad como “cierre artificial” que permite reconocer tanto al “nosotros” como a “los otros”, dando cuenta del afuera constitutivo. Se dejan de lado las visiones esencialistas, para pensar en identidades construidas en relación en el marco de la cultura.

La identidad será pensada entonces como punto de sutura, tal como lo plantea Stuart Hall, “entre, por un lado, los discursos y las prácticas que intentan ‘interpelarnos’, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de ‘decirse’. De tal modo, las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas” (Hall 2003: 20).

Ahora bien, ¿hasta qué punto la sexualidad define la identidad? Esta pregunta forma parte del análisis de Balderston y Quiroga en “Sexualidades en disputa”. Algunas de las respuestas que se ensayan son interesantes: a decir de Puig, “los homosexuales no existen”, solo son personas que practican la homosexualidad; y sostiene que definirse como escritor homosexual responde no a una necesidad personal sino a una presión cultural. En sintonía con esto, también se cita la mirada de Perlongher, que sostuvo “la desaparición de la homosexualidad” más allá de las relaciones, aludiendo a la emergencia en la escena pública: la homosexualidad desaparece cuando deja de ser provocativa al orden heteronormativo (Balderston y Quiroga 2005: 77 y ss).

¿De esto no se habla?

Dejando de lado los planteos que hablan de sexualidades ocultas / silenciadas, en este trabajo tomamos como punto de partida la reflexión de Foucault que pone en discusión la existencia de una hipótesis represiva sobre el sexo: “la sociedad que se desarrolla en el siglo XVIII –llámesela como se quiera, burguesa, capitalista o industrial- no opuso un rechazo fundamental a reconocer el sexo. Al contrario, puso en relación todo un aparato para producir sobre él discursos verdaderos. No sólo habló mucho de él y constriñó a todos a hacerlo, sino que se lanzó a la empresa de formular su verdad regulada” (Foucault 2008: 73).

De manera tal que en vez de represión sobre la temática hay que hablar de multiplicación, y solidificación de la diversidad sexual: son épocas marcadas por la proliferación de los discursos más que por los silencios. La sexualidad será pensada desde la normatividad: el sexo será entonces una verdad regulada, verdad que es necesario decir, confesar, investigar, sacar a la luz. La puesta en discurso del sexo se conecta así con el dispositivo de la sexualidad, que forma parte de las relaciones de poder.

El dispositivo de la sexualidad que describe Foucault no se sostiene solamente por el discurso jurídico, la relación entre el sexo y el poder desborda ampliamente el margen de la ley para establecerse en las prácticas y usos cotidianos: el poder está en la cultura. Esta forma de procedimiento del poder funciona “no ya por el derecho sino por la técnica, no por la ley sino por la normalización, no por el castigo sino por el control, y que se ejerce en niveles y formas que rebasan el Estado y sus aparatos” (Foucault 2008: 86).

Por otro lado, para pensar la relación entre posiciones hegemónicas y subalternas, se propone la incorporación de los conceptos de táctica y estrategia, caracterizados por Michel de Certeau (De Certeau 1996: 42 y ss). La estrategia, donde se concentra mayor capital de poder, se circunscribe en un lugar propio; define la victoria sobre el tiempo, sobre el lugar y sobre la vista. Crea la cuadrícula, tiene visión panorámica, mira, controla; fija los márgenes del movimiento, pero es estática.

En cambio la táctica, que es el territorio del débil, no cuenta con su propio lugar y por tanto no es visible ya que está en movimiento en el lugar del otro. La táctica es el arte de aprovechar la ocasión; está dada por desplazamiento, es ráfaga sigilosa, habilita prácticas creativas sobre el plano establecido hegemónicamente.

Los conceptos de táctica y estrategia permiten mirar en este doble plano de lo hegemónico y su resistencia. La estrategia es el resultado de las relaciones de poder pensadas desde el concepto de hegemonía; es decir, es resultante de una disputa de poder entre sectores hegemónicos y otros subalternos. Los subalternos, tienen una posición táctica, transitan por un territorio que no es propio, son resistencia. Poder y resistencia tienen una relación recíproca, porque el poder es relacional y en consecuencia la resistencia nunca se encuentra en una relación de exterioridad⁴.

La estrategia y las tácticas existen sólo en relación, devienen de las relaciones/negociaciones de poder que se juegan en el marco de comunicación/cultura. En este caso se hace referencia a la estrategia normativa heterosexual en relación a unas sexualidades periféricas habladas, pero “no legítimas”. Al respecto sostiene Judith Butler: “Las normas reguladoras del “sexo” obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual” (Butler 2008: 18).

Aparece aquí una interesante zona de conflicto: la dicotomía entre la capacidad de consolidarse como resistencia ante un sistema que excluye, y la “funcionalidad” de la existencia como referencia de lo otro⁵.

Entre la importancia de tomar la palabra y el riesgo de la clasificación pública

Las sexualidades periféricas han sido construidas por los discursos de los otros como “fenómeno” que es necesario investigar, una “patología” que debe ser confesada, una práctica contra natura. La estrategia de poder que sostiene este tipo de discursos estuvo presente en las instituciones modernas pero también en las prácticas de la vida cotidiana. Sin embargo, entre las décadas del sesenta y setenta comenzó el proceso de irrupción del movimiento queer en el espacio público; una escena que no estaba acostumbrada a tales narrativas provocativas, a enfrentarse públicamente con la alteridad.

En este sentido, lo queer fue dicho durante años, siglos, desde el lugar de la estrategia que creó y sostuvo una imagen vinculada a la perversión, a la desviación, a lo

⁴ Acerca de los puntos de resistencia, Foucault sostiene que “desempeñan, en las relaciones de poder, el papel del adversario, de blanco, de apoyo, de saliente en el que sujetarse. Los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder (...) más frecuentemente nos enfrentamos a puntos de resistencia móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades y suscitando reagrupamientos” (Foucault 2008: 91 y ss).

⁵ La necesidad de un afuera constitutivo a decir de Butler.

“improductivo”⁶. No obstante, se produjo una ruptura, su irrupción en el espacio público habilitó la palabra a los propios protagonistas de este movimiento.

Ahora bien, ¿cómo se presentan los sujetos queer a sí mismos? ¿Cómo son presentados o representados por otros en el escenario público? ¿Cuáles son las negaciones, conquistas y/o concesiones del movimiento queer implicadas en estas apariciones que marcan su inserción en el espacio público? En principio es dable pensar que en este devenir el movimiento queer obtuvo reivindicaciones pero también realizó concesiones. De modo que cuando logró visibilidad en el espacio público pudo nombrarse así mismo, en una relación de liberación con el mundo en términos freirianos⁷. Sin embargo, en el mismo acto en que los sujetos queer tomaron la palabra, también adquirieron una porción de la cuadrícula fijada por la estrategia. La irrupción pública también significó el paso de lo oculto, de la movilidad y las posibilidades de múltiples circulaciones que provee la táctica, hacia la estrategia que promueve la fijación, la clasificación.

Entonces surge la pregunta: ¿La salida masiva del closet promovió mayores grados de libertad? En este movimiento de lo privado a lo público, ¿se evidencia una retracción de la norma o más bien una imperiosa necesidad de clasificación sobre “los otros”?

Esta reflexión está atravesada por debates vinculados con lo público/ privado, táctica/estrategia, movilidad/fijación; donde la triada público-estrategia-fijación se implican mutuamente. En definitiva, cuando el movimiento queer salió a la escena pública levantando sus banderas, se expuso también a la integración en la estrategia resultante de las relaciones de poder hegemónicas, de las que nunca estuvo ausente pero ahora bajo unas posibilidades de control mucho más certeras y elocuentes. Los riesgos de tomar la palabra y pronunciarse en la escena pública son evidentes. Sin embargo, es indiscutible la importancia de la irrupción del movimiento queer en la escena pública, una irrupción que no fue prefigurada por la normatividad heterosexual sino esta vez en la voz de los “subalternos”.

Tácticas de irrupción pública: de la política al mercado

El proceso de aparición de los movimientos de homosexuales y lesbianas por las décadas de los sesenta y setenta se vio también asechado por las sucesivas contingencias políticas, en especial las dictaduras militares que afloraron en nuestro continente. Escenarios que se debatían entre posiciones de derecha a izquierda pero donde quedaba claro que ninguna de las facciones políticas llevaría como bandera la de la diversidad sexual. Las prácticas que determinaron a las organizaciones revolucionarias del pueblo se erigieron, al igual que las facciones de la derecha, en un marco de valores heterosexistas, donde la imagen del hombre fuerte, rudo, valiente no encajaba con la del estereotipado homosexual vinculado al “maricón”. Asimismo, en los períodos democráticos, la cultura heterosexual normativa tampoco propició, hasta hace unos pocos años (y es necesario problematizar en qué condiciones), una salida masiva del gran closet de estas otras “identidades sexuales”.

⁶ En cuanto a las problemáticas de la reproducción.

⁷ Ver: Freire, Paulo, *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI Editores, 1° edición, Buenos Aires, 2002.

Las décadas del sesenta y setenta marcaron el inicio del proceso de la salida del closet⁸ de estas sexualidades 'ilegítimas', donde los acontecimientos de Stonewall (1969) en Nueva York serán recordados como hito fundacional. Por esos mismos años se creaba en la Argentina el Frente de Liberación Homosexual que en el contexto de la lucha armada decidió plasmar su discurso político en la "plaza". La emergencia en el espacio público se dio en un primer momento en el marco de la disputa política en la que varios proyectos de país lucharon por convertirse en hegemónicos. Néstor Perlongher describe el espíritu de la época: "el FLH surge en medio de un clima de politización, de contestación, de crítica social generalizada, y es inseparable de él. Como buena parte de los argentinos de entonces, cree en la "liberación nacional y social", y aspira al logro de las reivindicaciones específicamente homosexuales en ese contexto". Y continúa: "tanto la sincera necesidad de liberarse del machismo profundamente anclado en la sociedad argentina, como la convicción de que esa liberación no podía sino producirse en el marco de una transformación revolucionaria de las estructuras sociales vigentes, constituyen elementos constitutivos del movimiento gay argentino" (Perlongher 2008: 77 y ss).

Fueron épocas marcadas por la clandestinidad, la censura, la prohibición de la disidencia. Ante una estrategia que se imponía por la fuerza, eliminando literalmente las posibles zonas de conflicto marcadas por cualquier esbozo de mirada crítica, los movimientos tácticos marcaban como lugares de encuentro ciertos espacios públicos como los baños de las estaciones de trenes⁹ o alguna casa en particular donde todo estaba preparado (las tortas) para responder ante el asecho del cazador. El mapa urbano que habitaban los homosexuales en las dictaduras era tácticamente creado y resignificado, eran los movimientos sigilosos de la táctica.

Los años ochenta y noventa configuraron un segundo momento de aparición pública. Fue una época marcada por procesos bien distintos a la etapa anterior: el regreso del exilio, la democracia, el SIDA, el mercado, el descreimiento en la política.

Durante los años ochenta la Argentina estaría determinada por la vuelta a la democracia. La sensación social estuvo impregnada de la idea de la refundación: un nuevo proyecto, un nuevo país. Asimismo, la política (las instituciones, los partidos) comenzó a cubrirse en el imaginario social por un descreimiento creciente. Fueron años en los que la desilusión y el escepticismo provocaron una retracción de los diferentes movimientos políticos de la escena pública que, poco a poco iba a ser ganada por los medios de comunicación y el mercado.

Sin embargo, no es posible pensar en el devenir de los movimientos queer sin hacer referencia a una de las batallas más importantes que debió enfrentar en la década del ochenta: el SIDA. Dice Perlongher: "con el SIDA se va dando, sobre todo en el terreno homosexual, otra vuelta de tuerca del propio dispositivo de la sexualidad, no en el sentido de la castidad, sino en el sentido de recomendar, a través del progresismo médico, la práctica de una sexualidad limpia, sin riesgos, desinfectada y transparente" (Perlongher 2008: 88).

⁸ Salir del closet, decir el secreto, revelar las verdades propias ya no desde la confesión de la "patología" como se había pretendido, era un hecho político bien importante: significaba dar una disputa en la escena social, tomar la palabra, pronunciarse a sí mismo y rechazar las etiquetas creadas por otros. Según Sedgwick, una de las referentes más importantes de los estudios queer, la imagen del closet es central, ya que el armario, esa imagen poderosa, es "la estructura decisiva que define la opresión gay en este siglo" (Sedgwick K. 2000: 58).

⁹ Conocidos como las "teteras".

Luego vinieron los años noventa, que trajeron consigo la profundización del modelo neoliberal que, entre otras cosas promovió la especificación, la clasificación, la hiperfragmentación. De esta manera, el movimiento queer hizo su entrada triunfal al mercado. Otro consumidor que pasa sin pena ni gloria a formar parte de los niveles mercadotécnicos. Emergía de esta forma un nuevo sujeto consumidor y para él todo tipo de ofertas: boliches gay, hoteles gay, cruceros gay, deportes gay... El movimiento táctico fue reemplazado por la fijación en el espacio público y en el mercado.

Este proceso de mercantilización condujo a la privatización de los lugares, antes públicos y abiertos, que conformaban los diferentes mapas urbanos en los que habitaban los homosexuales en las dictaduras. De manera tal que en el camino irrevocable al mercado también entraron en juego otras dimensiones tales como el acceso a estos espacios que ahora cuentan con el derecho de admisión/exclusión por parte del “dueño de la empresa”.

Asimismo, los sujetos queer empezaron a poblar también la escena mediática, que los construyó en estereotipos banalizados (fijando identidades) de los programas de la tarde. Los medios, que se construyen cada vez más como retratos de una única versión posible de lo real, dieron lugar a una visibilidad banalizada, uniformada, estandarizada y, en la peor de sus caracterizaciones, refuncionalizada. Es decir, mostrar lo diferente, masificarlo, es quebrar su potencial transformador, es refuncionalizar la diferencia, volverla similitud, en última instancia reabsorber y retroalimentar el sistema. Así funciona la hegemonía.

Seguramente, de todas estas cosas hablaba Perlongher cuando postulaba “la desaparición de la homosexualidad”, ahora vinculada a estereotipos mercantiles.

Presente: preguntas abiertas

¿Cómo transitar la batalla por “la igualdad” (de derechos) promoviendo sentidos que tomen a la diferencia como potencial transformador?

Estos tiempos históricos empiezan a dar cuenta de cierta “tolerancia” sobre la diversidad sexual. Tolerancia que no implica necesariamente aceptación. La diversidad sexual se roza con la idea de la naturalización por muchos motivos entre los cuales se encuentra la visibilidad en los medios masivos de comunicación. Al menos está naturalizada la idea de que la heterosexualidad normativa no es la única posible: se presentan periódicamente otras que, con mayor o menor grado de legitimidad, forman cada vez más parte de las relaciones cotidianas.

Ahora bien ¿esta visibilidad implica concesionar la diferencia en pos de la inclusión? ¿O será que cada vez más son vividas otras formas de vida diferentes a la que alguna vez planificó y ejecutó el modelo aún dominante?

Por lo pronto, pareciera que las posibilidades que el horizonte de lucha muestra se anclan en la reproducción de pautas y normas como alternativa de inclusión. Nuevamente los modelos a replicar impulsan la idea de la homosexualidad en consonancia con valores heteronormativos como la familia, la fidelidad, la inserción acrítica en el mercado. Más aún cuando en el terreno de lo público el reclamo de

“inserción” y “aceptación” se construye desde la demanda de ingreso a la norma (por ejemplo el reclamo de la legalización del casamiento gay).

Pensar en sexualidades diferentes a la heteronormativa y sus irrupciones en el espacio público implica poner en tensión los conceptos de igualdad y ciudadanía, ya que pasar del lugar de la táctica a la estrategia implica la disputa en un campo que no habilita plenamente la disidencia. Entonces pareciera que promover acciones por el reconocimiento de derechos como ciudadanxs es bregar por una igualdad que, en vez de potenciarse en función de la sinergia que permite la diferencia, trata de normalizar. Sin embargo, podemos pensar que este es un paso para concretar un horizonte deseado, sólo una foto que no muestra el movimiento de un proceso. Que el camino hacia el futuro anhelado toma esta forma de reclamo ante lo posible e imaginable que el presente habilita. También nos lleva a pensar, que la situación deseada está puesta en lugares diferentes.

Bibliografía

Balderston, Daniel y Quiroga, José.

Sexualidades en disputa, Libros del Rojas, Buenos Aires, 2005.

Butler, Judith.

Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales del sexo, Editorial Paidós, 2ª edición, Buenos Aires, 2008.

De Certeau, Michel.

La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer, Universidad Iberoamericana, México, 1996.

Foster, David William

El gay como modelo cultural: Eminent Maricones de Jaime Manrique, en Ingenschay, Dieter (ed.): *Desde aceras opuestas. Literatura/cultura gay y lesbiana en Latinoamérica*, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Francfort, 2006.

Foucault, Michel

Historia de la sexualidad. La voluntad del saber, Siglo XXI Editores, 2ª edición, Buenos Aires, 2008.

Freire, Paulo

Pedagogía del oprimido, Siglo XXI Editores, 1ª edición, Buenos Aires, 2002.

Hall, Stuart y du Gay, Paul (compiladores).

Cuestiones de identidad cultural, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2003.

Perlongher, Néstor

Prosa Plebeya: Ensayos 1980 -1992, editorial Colihue, 1ª reimpresión, Buenos Aires, 2008.

Rapisardi, Flavio y Modarelli, Alejandro

Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2001

Reguillo Cruz, Rossana.

Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto, Norma, Buenos Aires, 2000.

Sedgwick Kosofsky, Eve.

Epistemología del closet, en Allouch, J. y otros: *Grafías del eros*, Buenos Aires, Edelp, 2000.

Williams, Raymond.

Marxismo y literatura, Península, Barcelona, 1980.